

El Unicornio y la Isla

El Mundo Espejo de John Spencer

por John Anderson

John Spencer nació el veinte y cinco de abril de 1928, día del aniversario fúnebre de Shakespeare, en Camberly, Hampshire, Inglaterra. De 1942 a 1946 asistió al Colegio Bradfield, Berkshire, famoso por su presentación del drama griego en griego original, entre cuyos alumnos se encuentra el diseñador de teatro Gordon Craig. Todo parece indicar que estas coincidencias de datos teatrales en la vida temprana de Spencer, prefiguran la posterior absorción de su arte en la metáfora dramática y la metafísica teatral.

Durante su estancia en Bradfield, Spencer comenzó a ganar renombre por sus esculturas en madera. Después de desempeñar por escasos dos años sus deberes en el ejército; por un año, en 1949, estudió escultura en el Politécnico de Regent Street. A partir de 1949 hasta 1952, el joven artista cambió de rumbo estudiando pintura en la Escuela de Arte de Cambell. En ese tiempo sus pinturas fueron aceptadas por la Academia Real de Arte y por el Grupo de Londres, al igual que por otros grupos de exhibición de galerías inglesas. En 1950 visitó Arlés en Francia, y allí, durante dos intensos meses Spencer pintó en homenaje a Vincent Van Gogh, como testimonio de la presencia de un anhelo ardiente de transformación espiritual de su arte.

En 1955 John Spencer fue recibido en la iglesia católica, un acto más característico en nuestro siglo de hombres de letras que de artistas plásticos. Durante los años de 1955 a 1960 vivió y trabajó como artista, primero en Roma y luego en Asís, en donde profundizó su compromiso estético con temas trascendentales. En 1960 se casó con Elizabeth Brown, la cual desde entonces se convirtió en su fiel compañera y en su más sincera crítica. En 1964, la "Portal Gallery" de Londres le proporcionó su primera oportunidad exhibición personal para presentar sus pinturas e íconos originales elaborados a partir de antiguas cerraduras de hierro, que involucraban una combinación de pintura, talla en madera y metalistería. La singular visión y diseño de

estos íconos tempranos, que por primera vez expresaban la preocupación de Spencer por las ilusiones del tiempo y de las ambigüedades cósmicas, prefiguraban la integración macrocósmica de totalidad formal y simbólica, de las obras aquí exhibidas.

En 1965, después de varios viajes intermitentes a Italia, los Spencer se mudaron definitivamente de Londres a México, abriéndose un nuevo período en la vida del artista, el cual deberá ser considerado en el tiempo presente, como el progenitor de las obras expuestas aquí. Sus primeros diez y ocho meses en México los Spencer vivieron en la región tropical de Tamazunchale, en donde John recolectó piedras volcánicas suaves del río Moctezuma, posteriormente esculpidas en la serie denominada "Sermones en Piedra". Al mismo tiempo él comenzó a discernir la rica historia cultural de México y a integrarla a su arte.

La Puerta del Descubrimiento es una obra característica de este periodo mexicano temprano, el cual se completó poco después de que los Spencer se mudaran a Cuernavaca fuera de la Ciudad de México, en 1967. Como parte del prototipo de iglesia en la cima de *La Montaña*, esta obra continúa algunos de los materiales y temas de los íconos tempranos de Asís, aunque señalando una nueva posición o vuelta de la espiral imaginativa. Parece expresar de manera completamente literal, la llave de un nuevo mundo para Spencer, que no solamente abre la puerta de su nueva vida en México, sino de un mundo interior más profundo, que es como un espejo de imaginación y paradoja. Una doble imagen de San Pedro y el explorador colonial de México, el padre Kino, pintado y grabado en ambos lados de un panel metálico alrededor de una cerradura barroca, desarrolla las preocupaciones cada vez más laberínticas del arte de Spencer, con inversión, enigma y unidad mística, involucrando el uso de alter egos dramáticos. El par de yuxtaposiciones simbólicas de santo y mercenario renacentista en la figura del padre Kino, del primer Papa y campesino mexicano en la figura de San Pedro, convertido a la fe y que a su vez ha convertido a otros, sol del desierto y mar del pescador, el viejo y nuevo mundo, geografía y teología, expansión hacia afuera y profundidad interna, coexisten en los dos lados de esta puerta triangular como un juego de reflejos de la naturaleza, la historia y la personificación del espíritu. Fundiéndose uno en el otro, como si la llave que resalta en

el vano le hubiese dado paso libre, ellos se convierten en sus opuestos. Semejante visión prismática requería una expresión tridimensional, que gradualmente ha asumido durante los trece años del artista en Cuernavaca.

En una escala de medios ambientes para gente real, se encuentran las obras arquitectónicas que Spencer ha diseñado para dos iglesias en Cuernavaca (1974-1978): portones labrados en hierro fundido, arcos, ventanas y muros de piedra curvilíneos y un campanario, que exploran temas de perspectiva e ilusión, volúmenes positivos y negativos, que también lo han absorbido en sus tres creaciones de micro ambientes esculpidos para personajes imaginarios. Estas obras arquitectónicas son un eco a escala natural de la manera en la que el arte de Spencer invierte las formas terrenales exuberantes de la naturaleza, o las que el hombre construye para uso práctico, convirtiéndolas en enigmas que cuestionan nuestra manera de percibir su vida o uso normal. De este modo están hechas para señalar un mundo más allá del mundo material, como parábolas, o como bromas de un bufón Shakesperiano o de Hamlet. Los pétalos huecos de la flor de nochebuena (cuyo nombre azteca significa "flor que se marchita") del portal de los *Tres Reyes* subliman o reflejan de manera fantasmal las flores sólidas junto a ellos, cuyos tallos bulbosos parecen estar gritando su terrenidad; el ojo en la pluma del Portón del Pavo Real rompe ahí el esplendor real de su plano ornamentado bidimensional para convertirse en una esfera aeriforme de un globo anillado, mostrando al mundo como una visión insubstancial de aire; la corona del campanario de *Santa Catarina*, plasmada como una lámpara romana, está abierta al firmamento que la rodea, negando su función terrenal como un contenedor, para convertirse en cambio en un andamiaje celeste del cual están suspendidas unas campanas cuyo sonido llueve sobre la tierra que se encuentra abajo.

En una escala opuesta, las piedras de río labradas y la cruz pectoral revelan la precisión de joyero de este escultor y su amor por los materiales densos, durables, que también es discernible en sus tres obras más importantes, cuya elegancia de formas fue arrancada de la resistencia física de maderas duras, hierro, latón, y conchas. Las piedras reflejan la fascinación de Spencer por la heráldica, los felinos, los símbolos arquetípicos y la correspondencia entre la imaginería visual y verbal,

recordando a la vez el arte hierático y la costumbre china de usar el mismo pincel para componer poemas y pinturas de paisajes. Spencer también ha usado las mismas herramientas para esculpir e inscribir en sus piedras, lavadas suavemente por el agua corriente de un paisaje hecho para cantar la vida del instinto humano y la oración, o la fuerza animal, transformada en imágenes que le dan a estas piedras una cualidad arcaica y sagrada. La sensibilidad prehispánica del México antiguo se ha fundido aquí con la de Stonehenge y la del cristianismo primitivo.

Las múltiples facetas de la imaginación escultórica de Spencer, su ingenio y naturaleza juguetona junto con sus sondeos metafísicos, se han entrelazado como redes cristalizadas en las imágenes múltiples de su *Torre Shakespeare*, la *Mesa del Comedor del Papa*, y *La Montaña*, quizás su obra maestra. Como islas rodeadas por aguas abismales o presencias invisibles, ellas destilan océanos inmensos del inconsciente dentro de puntos focales que enroscan sus espirales de integración en los huecos osificados de nubes, domos o conchas solares o caracoles y, en las columnas del unicornio, agujas y escaleras, que como la bestia fabulosa, revelan el espíritu encarnado, transfigurando a los muchos en el Uno. La asombrosa riqueza de su imaginación, vista como fatuidades filosóficas que refleja mundos dentro de mundos por medio de sus espejos alquímicos de analogía, es mejor que la dejemos a los propios prólogos del artista, a sus conjuros mágicos y a nuestro propio descubrimiento y asombro individual.

En la vida real, John Spencer tiene una especial afinidad con los enanos. Le complace que viviendo en México pueda conversar con ellos tomando el té, entre sus esculturas, en el mismo lenguaje que usó hace trescientos años Velázquez mientras pintaba *Las Meninas*.

Cuernavaca, agosto de 1980

Traducido por J. Ramón Sordo, 2006